



CORREN ya unos tiempos en que el psicoanálisis cobra aspectos verdaderamente divertidos. Ha venido a ser una especie de apisonadora capaz de aplastar todos los tabúes, ha sacado a la superficie los mil monstruos engendrados en el largo sueño de la razón, la llave mágica que abre las puertas que los prejuicios habían condenado a cal y canto. Pero de pronto, y cada vez con mayor insistencia, se ve acusada por la contestación, ¡ella, la gran liberadora!, de carcelera nada menos.

Los escandinavos, por ejemplo, no se andan con rodeos a la hora de afirmar que los santurriones de turno, con Freud en una mano y el crucifijo en la otra, invocan los riesgos que acechan al subconsciente para impedir que cada cual, hombre o mujer, asuma la responsabilidad del propio placer. Es más, diríase que el miedo a los complejos ha sustituido al temor al infierno. Mientras sólo se trataba de la pornografía, ora fuese para procribirla, ora para autorizarla, el mal se mantuvo circunscrito a límites estrechos. Pero hoy, la imagen de nuestro «Yo» profundo, tal como es revelado por la antropología psicoanalítica, interviene en una polémica de alcance infinitamente más vasto.

Multitud de mujeres están hasta el moño de ser chachas en su propia casa o de sentirse condenadas —en el mejor de los casos— a tener que superar, si quieren ser alguien, el «handicap» tremendo que su condición de mujer les impone. Sujeto, objeto, colonización, feminismo desorbitado, justo afán de desalienación, he aquí las palabras que traducen toda una batalla política. Con avances, con retrocesos y no sin exageraciones, tal batalla se libra en un extenso frente de combate que va desde la desigualdad de los salarios hasta el modo como la mujer trata de sacar del amor todo su placer. En este erizado campo de batalla, el psicoanálisis tiene todavía algo que decir, más de una experiencia que realizar. Porque la superficie y el subsuelo de la personalidad se comunican entre sí por un ascensor vedado a los profanos. Aparte de que el subconsciente —por mucho que a los puristas freudianos les cueste admitirlo— es también un espejo donde es dado contemplar el mundo real, en carne y hueso, es decir, la sociedad tal cual es. No resultará, por lo tanto, en absoluto descabellado llamar a la puerta de los psicoanalistas y preguntarles a boca-

jarro: «Vamos a ver, en fin de cuentas, ¿a qué se parece la mujer tendida en su diván? ¿Está irremisiblemente condenada a seguir siendo un hombre castrado, o la autorizan ustedes, previo análisis de sus profundos lineamientos, a reivindicar el estatus de persona humana con todas sus consecuencias?».

El «continente negro»

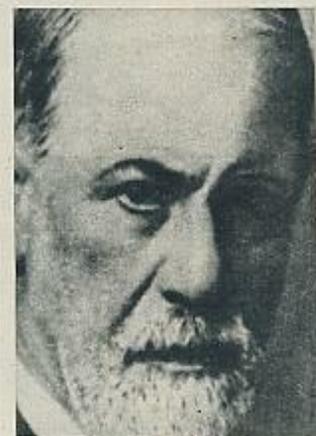
En los escritos de Freud relativos a la libido femenina hay materia más que sobrada para la ensañación. En efecto, la obra del maestro ofrece no pocos pasajes que merecerían ser calificadas de solemnes humoradas. Afortunadamente, los genios siempre suelen tener, entre dos hipótesis lanzadas, destellos de clarividente humildad.

Por ejemplo, Engels, que llegó a estigmatizar el desorden sexual en nombre de la eterna familia monógama, se corrige de inmediato afirmando que las generaciones del porvenir afrontarán por sí solas todas las responsabilidades de su moral futura. Ocurre lo mismo con Freud. Espantado de ver que a medida que avanzaba en el saber menos sabía, reconocerá el peso de elementos parásitos provenientes de la cultura judeo-cristiana de que él mismo se siente impregnado, hasta el extremo de llegar a calificar a la femineidad con el soberbio epíteto de «continente negro». «Si desea conocerlo más profundamente —añadiría en 1932—, acuda usted a su propia experiencia. Diríjase a los poetas, o espere a que la ciencia se encuentre en situación de darnos informaciones más profundas o mejor coordinadas».

Sin embargo, la experiencia de Freud era, para su tiempo, incomparable. Para su tiempo, sí, a principios de siglo, en Viena, donde, al igual que en cualquier otra parte, se estaba muy lejos de poner en tela de juicio el reinado más absoluto del macho, esa especie de pontífice de derecho divino. El esquema freudiano, evidentemente, no pudo haberse deducido sino a partir de la íntima condición de unos hombres y de unas mujeres concretas cuyo subconsciente vislumbró el maestro en un momento dado de la historia. El resultado de la operación, una vez formulada, tiene motivos para sorprender al vulgar sentido común.

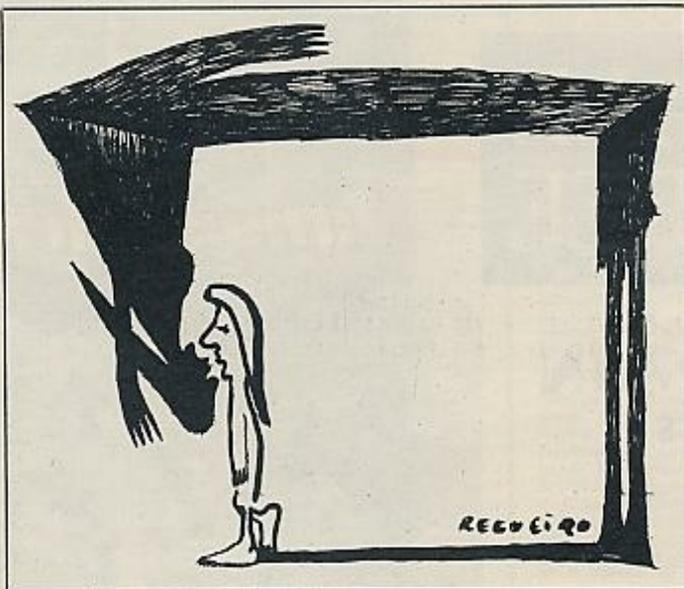
Simplificando al máximo, la sexogénesis femenina, vista por Freud,

PROHIBIDO A LA MUJER



FREUD

EL
"SEGUNDO
SEXO"
CONTRA
FREUD





es indisoluble de lo que él llama «monismo fálico».

Según la experiencia vivida por el niño, no existe más que un solo sexo, un órgano sexual único: el falo. Hasta la pubertad, el niño ignora que su madre tiene una vagina, la niña ignora que ella misma la posee y cree que nada tiene. Tal convicción podrá permanecer de manera vaga, difusa, a nivel de la conciencia: lo realmente importante es que el subconsciente no tiene ninguna intuición acerca de la existencia de esta vagina «clandestina».

Ya esta hipótesis ha suscitado no pocas polémicas entre los discípulos de Freud. En efecto, el subconsciente, ya en sí, se las trae. Se nutre, por de pronto, en las fantásticas fuentes de todos los recuerdos informados, liba su miel en el cúmulo de confusas informaciones que se agitan en el corazón de la especie, conoce lo incognoscible y lo expresa a través del misterioso código del sueño. Incluso más de una vez llega a adivinar enfermedades ocultas en lo más recóndito del cuerpo, antes de que sus primeros síntomas se manifiesten. Así, pues, ¿cómo va a no poder tener algún eco de la existencia de la vagina? Pero, con eco o sin él, el hecho es que la niña siente que el niño posee algo que a ella le falta. Que en realidad ella nada tiene, excepto un ridículo clítoris, un «pene truncado» («Tres ensayos de psicoanálisis», 1905) que en ocasiones le reporta un placer, pero que de ninguna manera podría reemplazar «eso» que a su pequeño compañero le hace sentirse orgulloso.

El juguete perdido

Las consecuencias del «monismo fálico» se encadenan con implacable lógica. Privada, castrada, la niña es víctima de la envidia del miembro masculino. No se limitará a desearlo, el matiz ha de cobrar todo su valor en los discípulos de Freud, particularmente en Mélanie Klein: lo envidia como una auténtica envidiosa, con lacerante amargura. A veces la frustración se expresa en el lenguaje infantil. Pero es en las profundidades donde, en realidad, se anuda el drama, donde adquiere toda su tremenda dinámica.

El sentimiento de castración se articula de modo irremediable con el «complejo de Edipo». La niña se vuelve hacia el padre a fin de obtener de él ese miembro que su

Vanessa Redgrave: Quizá un buen día se llegue a una armoniosa igualdad...

madre no le puede dar. Al principio, tal demanda es egoístamente narcisista. Pero, poco a poco, si todo va bien, el «complejo de Edipo» se desata. La niña se vuelve mujer. Renuncia al juguete imposible y transforma su envidia en un deseo de niño, niño que será para ella —¡a falta de otra cosa mejor!— el simbólico sucedáneo del órgano viril que se le niega para siempre.

A estas alturas, ya la ortodoxia freudiana ha enseñado la oreja.

La maternidad, función esencialmente femenina mientras no se demuestre lo contrario, deberá ser vivida como un sucedáneo del cetro viril. La silueta afectiva de la mujer es la de un hombre castrado. Que acepte su castración, bajo pecado mortal contra su eterna condición; que viva el amor a su pobre manera; que subordine su placer al hecho de su ser incompleto. Para

Freud, la mujer deberá probar su buena salud, su normalidad afectiva renunciando al orgasmo clítorico de su infancia en favor del buen orgasmo vaginal de la adulta, ya hecha y derecha. Aunque muchas mujeres estén de acuerdo, por mucho que la historia las obligue, de grado o por fuerza, a interiorizar semejante cuadro, es evidente que se trata de un punto de vista de hombre. En vano se esforzará el clítoris en ser algo más que una pobre caricatura del órgano masculino; la virilidad clásica siempre ha visto con malos ojos el hecho de que la mujer pretenda obtener de él un placer. No les queda más recurso ni función que el gozar «en vacío», negativamente, al contrario del cetro que las acusa, «maso» contra «sado». Semejante imposición, ni hace falta decirlo, encuentra aplicaciones mucho más allá de la vida sexual, en la existencia

cotidiana, por lo que a nadie deberá sorprender el hecho de que la polémica vagina-clítoris, en los Estados Unidos (a la espera de otros países), dé su tono a la revolución feminista.

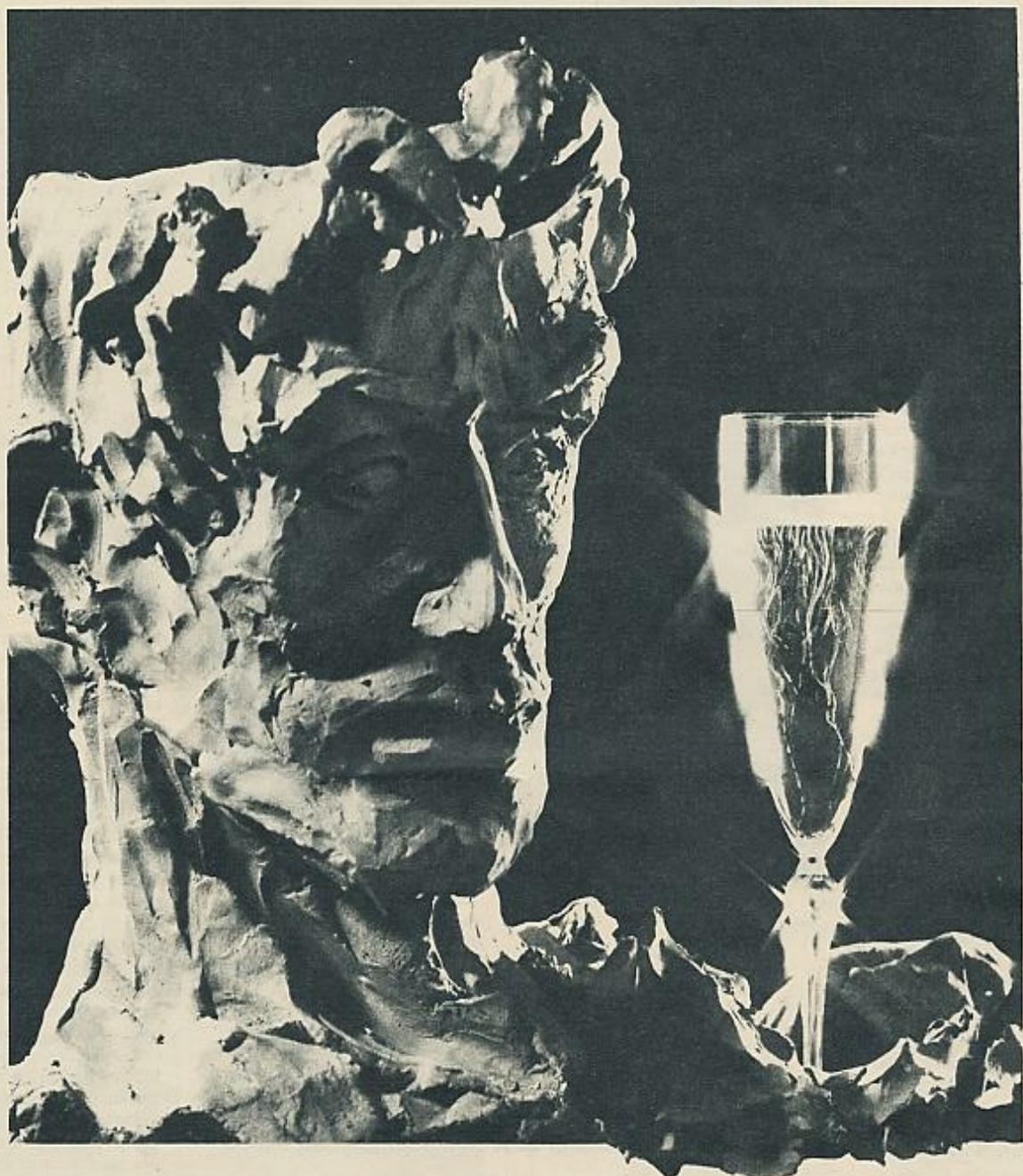
Pasiva por necesidad

Las señoras contestatarias subrayan el hecho de que la mucosa vaginal, tan pobremente dotada de terminaciones nerviosas, no es capaz de engendrar el orgasmo más que en la interesada imaginación de los caballeros. La americana Anne Koedt, por ejemplo, rehabilita fogosamente el orgasmo clítorico, considerado por Freud como regresivamente infantil. La verdad científica parece, sin embargo, bastante más compleja: los sexólogos estiman que el orgasmo pone en acción, a nivel muy profundo, todos los recursos de la personalidad, tanto en lo psicológico como en lo anatómico, por lo que el asunto no puede ser dirimido por la apelación a la pobreza de un estímulo localizado. Si el clítoris es, pues, bombardeado como portaestandarte del anticolonialismo femenino, no hay razón para ofuscarse. Frente a la bandera de los amos, los esclavos enarbolan la bandera que tienen más a mano.

Para el gran público en general, este extraño campo de batalla político-afectivo constituye una novedad. Pueda que algunos tengan la fácil impresión de que tales «revisionistas» de Freud son, en su totalidad, jóvenes analistas melencólicos o psicólogos sufragistas apenas salidos de la adolescencia. Sin embargo, Freud, ya en vida, y sin contar las disidencias jungianas y adlerianas, fue respetuosamente contradicho en más de un punto por sus propios discípulos.

No pretendo, como es obvio, reconstruir toda la historia de las relaciones entre el postfreudismo y las mujeres. Haría falta un libro. Libro que, por otra parte, ya existe: «La sexualité féminine», debido a la analista Jeanne Chasseguet-Smirgel y a cinco de sus colegas, recientemente reeditado por Payot. En él se lee cómo el pensamiento del maestro se ha visto después prolongado hacia la izquierda y hacia la derecha, si bien los autores de la obra se guardan de emplear términos tan profanos. Lo más curioso —y también lo más evidente— es que los epígonos más reaccionarios son mujeres.

Por ejemplo, para Hélène Deutsch —esquemático y desfigurado necesi-



El espíritu del arte
vive en cada
burbuja de
EXTRA



CASTELLBLANCH

una obra de arte en su copa

PROHIBIDO A LA MUJER

riamente— el descubrimiento de la vagina por parte de la mujer, y la aceptación subsiguiente derivada de su complejidad «negativa», implican una especie de sumisión masoquista al miembro viril. Es, por lo tanto, en calidad pasivo-masoquista como la mujer se halla condenada a buscar y, en su caso, conseguir el orgasmo. Consecuentemente, si la mujer pretende ser activa, si quiere —como, claro está, un hombre— afirmarse en el mundo en calidad de ser humano, es preferible que renuncie al orgasmo y asuma de hecho su frigidez.

Lampí de Groot, otra discípula, se pronuncia en el mismo sentido: la mujer colmada es necesariamente pasiva. Una buena madre debe ser activa. Para ser buenas madres, señoras mías, sed frías.

Tampoco faltan, por el lado opuesto, tentativas de arreglo. Mélanie Klein, Ernest Jones, Josine Huller, Karen Horney y demás consortes realizan, a cuál mejor, verdaderos juegos malabares con la maldición estructural de la mujer, pero sin lograr —ni en realidad querer— refutar el cuadro de sumisión que descifran en el subconsciente de sus pacientes. Es verdad que, según Jones, los hombres subestiman el orgasmo sexual femenino; que, según Mélanie Klein, el «deseo de pene» es menos narcisista que la «envidia de pene». Sólo que existe un hecho: que la mujer no está provista de la espada sagrada.

No hace pis de pie, ni los analistas llegan a encontrar divertido el hecho de que, en su vida afectiva, ella tenga que pagar su inexplicable vacuidad a tan alto precio y sin esperanza alguna de redención. En cuanto a la castración social, eso ya no es asunto de su incumbencia profesional.

La madre y el hijo

Incluso para una psicoanalista moderna como Jeanne Chasseguet-Smirgel, con la que he mantenido una entrevista que a ratos me daba la impresión —nada desagradable, por cierto— de estar escuchando a una sutil talmudista marciánica, el subconsciente no es ni puede ser consecuencia de la realidad social exterior. No es la historia la que confiere al miembro viril su valor de talismán, y a la vagina su nada, ese vacío tan difícil de compensar. El estatus socio-económico de la mujer influye, ciertamente, sobre su propia afectividad, al igual que ocurre con los hombres. Pero prima siempre la experiencia inicial del niño, tan marcada por sus primeros meses, por sus primeros días.

Si no he comprendido mal, para la señora Chasseguet-Smirgel —y este no es más que un aspecto

muy parcial de su pensamiento, infinitamente más complejo— la situación de la mujer, en todos los tipos de cultura conocidos en el planeta, se deriva de una estructura inconsciente determinada, a su vez, por las fundamentales relaciones entre la madre y el hijo. Nada más nacer, el niño se encuentra absolutamente sometido a la Madre todopoderosa, está a merced de ese gigante que constituye su único intérprete del mundo, lo espera todo de sus manos y pecho formidables. Una vez crecidos, los hombres no tendrán más que una preocupación: conjurar el recuerdo de esa dependencia y vengarse de la horrenda pasividad que les marcó para siempre.

La venganza del hijo

Se tomarán la revancha, primero a nivel de mito. Jehová, el Dios de la Biblia, es un padre y no una madre. Y es la mujer quien, en justa contrapartida, nace de Adán.

En la vida social, la venganza será aún más cruel. Infinitamente valorizado, el miembro viril se revela, vuelto contra la madre, contra la mujer en general, como un arma decisiva. Ellas, las castradas, des-

provistas de tal arma, quedan rebajadas a la pobre condición de objeto: ¡bien empleado les está! A fin de castigar a las madres por su provisional imperialismo, los hombres les prohibirán sin más proceso, a ellas y a todos sus semejantes, cualquier sublimación creadora. La mujer no necesita saber, ni crear, ni tiene por qué ejercer sobre el mundo exterior esa alta actividad de donde procede toda grandeza, todo humano progreso.

Los analistas nada inventan, por otra parte, al constatar, como lo hace Chasseguet-Smirgel, el hecho de que las niñas dignas de tal nombre interioricen, por la fuerza misma de las cosas, su baja condición de sirvientas. El hijo es su creación, lo suyo, y las absorberá lo bastante como para que las matemáticas puras, las disquisiciones de café o, simplemente, todo trabajo bien hecho sean, en principio, privilegio vedado a las mujeres. Cada vez con más frecuencia sucede que la mujer dispute al hombre el derecho a la sublimación y a la actividad: pero, al obrar así, no hace otra cosa que usurpar la potencia fálica del padre. ¡Ojo, pues, a la culpabilidad, atención a la neurosis!

La puerta estrecha

En virtud de esta álgebra inexorable, los analistas se sienten capacitados para trazar los límites «razonables», dentro de cuyo ámbito deberá desarrollarse la contestación femenina. De acuerdo con que traten de combatir la desigualdad de salarios. Pero cuando una Betty Friedan declara que eso de la «envidia de pene» es puro invento masculino, o cuando las mujeres se manifiestan por las calles con sus prendas interiores a guisa de pancartas incitando al «boicot del lecho conyugal», no están haciendo otra cosa que negar la evidencia clínica de su condición. Y es ahí donde se equivocan.

Jeanne Chasseguet-Smirgel cree en la inevitabilidad del hecho de que la niña trate de neutralizar la poderosa influencia materna recurriendo a la protección del hombre-padre. Ahora bien, éste habrá dejado de ser un tirano desde el instante en que superó («liquidó») su necesidad de revancha contra su propia madre. Su ascendiente puede y debe ceder en sadismo lo que gana en ternura. Y será entonces cuando nos demos cuenta de que vivimos en el mejor de los mundos posibles. La dinámica del subconsciente es imperativa, si bien las órdenes de él emanadas pueden ser interpretadas tanto en bueno como en mal sentido. La autora de «La sexualité féminine», claro está, deja, con todo, entreabierto la puerta de la libertad. Pero esa puerta es estrecha, muy angosta. Sin embargo, por fortuna, no todos los analistas son tan severos. Cuando abandonan sus inquietantes sillones, hasta son capaces de formular, igual que usted o yo, juicios acerca del mundo de la realidad. No falta quien llegue a asegurar que el subconsciente ajeno es, para los psicoanalistas, una especie de mochila donde meten sus propios sentimientos políticos, sean progresistas o conservadores.

Entre los sucesores de Freud, los más realistas encuentran que la psicología analítica, de no integrarse en el contexto total de las ciencias humanas no deja de ser una auténtica trampa. Sólo entonces, mediante esa integración o síntesis, podrá el subconsciente despojarse de su uniforme policial, permitiendo así el progreso del humano conocimiento. Es posible que este camino nos conduzca a una auténtica contestación y quién sabe si un buen día no hayan de ser descubiertas nuevas estructuras profundas en las que, sin la oposición hombre-mujer, se inicie una armoniosa igualdad, sin detrimento de su originalidad tan preciosa. Tanto mejor para la mujer, tanto mejor para el hombre y... tanto peor para el doctor Freud. ■ JEAN-FRANCIS HELD.

